La Venezuela moderna debe su desarrollo a su recurso natural: el petróleo. Desde 1924 hasta 1989, las actividades de la industria petrolera, pertenecientes al Estado, impulsaron el crecimiento económico y social de Venezuela. Los venezolanos dependían del Estado para lograr su bienestar económico, a diferencia de otros países de América Latina, donde la población misma contribuía al crecimiento del país mediante el pago de impuestos u otros pagos no financieros a la sociedad.

FLASA

En el período comprendido entre 1999 y 2002, la Fundación Interamericana asignó US$279.007 a la Fundación La Salle de Ciencias Naturales (FLASA). El monto total del financiamiento adicional de la FLASA y BP Amoco ascendió a US$ 1.587.641.

*El alcance de las actividades de FLASA se extiende más allá de los proyectos financiados por la IAF.

Sin embargo, dentro de ese marco, no toda la población venezolana se vio beneficiada de igual manera por las iniciativas estatales referentes al petróleo. Específicamente, las poblaciones indígenas estaban en gran desventaja con respecto a la obtención de los beneficios de la riqueza petrolera de Venezuela. Esos grupos fueron excluidos de los beneficios de salud y educación que el Estado brindó al resto de los venezolanos, ya sea por las grandes distancias que los separan de las zonas urbanas o por la escasez del presupuesto asignado a los entes públicos nacionales que los amparan.

En ese ámbito de necesidades insatisfechas en contraste con las ganancias obtenidas del petróleo, el Estado, el sector privado y el sector civil se unieron para tratar de mejorar la calidad de vida de los grupos indígenas de Venezuela. Un ejemplo de tal alianza es el trabajo conjunto de la Fundación Interamericana (IAF), la empresa petrolera Amoco (ahora, BP Amoco.) y la Fundación La Salle de Ciencias Naturales (FLASA). En 1998 iniciaron un programa para el mejoramiento de la calidad de vida de tres comunidades warao que habitan en el Delta del Río Orinoco, en el estado de Delta Amacuro.

La problemática y el proyecto

A mediados de 1998, se inició el programa denominado "Educación, salud y generación de sus propios ingresos: acciones para mejorar la calidad de vida de los residentes de las comunidades warao del Delta del Orinoco". El objetivo era mejorar la calidad de vida los habitantes de Kokuina, Makareo y Mariusa, en el Delta del Orinoco, en Venezuela. Ese programa básico era esencial para las comunidades, dada la situación de pobreza en que se encontraban y la fragilidad de su entorno geográfico. La infraestructura temporal que construyó el Estado para la extracción de petróleo puso a la población warao en una situación más vulnerable. Como resultado, se cerró gran parte del inmenso sistema hídrico del Delta del Río Orinoco, lo que ocasionó un grave daño ambiental. El cierre de algunos de los brazos de ese río provocó la salinización de los cauces y de la tierra. Por consiguiente, sobrevino una fuerte hambruna y un importante proceso migratorio hacia las grandes ciudades. Ese tipo de inmigración causa graves problemas sociales y culturales.

En vista de esa situación, los socios plantearon la forma de encarar las cuestiones más urgentes que enfrentaba la comunidad warao: la falta de atención básica de salud y de educación formal y bilingüe y la escasa producción pesquera. El programa abarcó esas necesidades básicas y tuvo como fundamento un profundo respeto por la identidad de los grupos étnicos, teniendo en cuenta que los procesos deben ser participativos, no realizados a la fuerza, y llevarse a cabo de acuerdo con la idea local del tiempo, de las razones justificativas y de la motivación. Ese tipo de estrategia fue muy importante para que las comunidades asumieran la responsabilidad conjunta de mejorar su propia calidad de vida.

Los resultados han sido tangibles. En el campo de la salud, se construyeron y pusieron en funcionamiento tres centros de atención integral y se instituyó un servicio fluvial de asistencia médica. En total, 770 residentes recibieron capacitación en salud mediante charlas bilingües y seis personas, en medicina no tradicional. En el campo de educación, se construyeron dos escuelas y se capacitó a seis maestros warao para que dictaran clases y cursos de alfabetización bilingüe para adultos. Por último, se elaboró una gran diversidad de materiales educativos en el idioma warao. En el campo de microempresas, se logró conformar un fondo rotatorio, que ha otorgado 72 créditos para la compra de redes y motores. En la actualidad, se investigan los canales de comercialización de los productos pesqueros generados por la población warao.

Como resultado de ese proyecto, las comunidades warao mejoraron sensiblemente su calidad de vida y sus niveles de ingresos. Por otra parte, se realiza un esfuerzo constante por recuperar su identidad cultural, gracias a la implementación del sistema intercultural bilingüe en las escuelas. A pesar de los resultados de esos proyectos, el único interrogante es la sostenibilidad del proyecto. A medida que cada socio finaliza su compromiso de financiación, cabe preguntarse cómo seguirán beneficiándose del proyecto dichas poblaciones. De la misma manera que otras comunidades remotas, tanto geográfica como culturalmente, que participan en proyectos de desarrollo, la población warao se enfrenta a un problema muy grave: la falta de una estrategia de salida, establecida junto con los socios, para asegurar que la gestión del proyecto pase a manos de las poblaciones beneficiarias con el correr del tiempo. Para entender dicha fragilidad se requiere, ante todo, un conocimiento de los parámetros de las alianzas establecidas y, en particular, las motivaciones que tuvo cada socio para participar en el programa.

La alianza

BP Amoco, la Fundación Interamericana y la Fundación La Salle de Ciencias Naturales tenían intereses particulares en la formación de esa alianza. Mientras que el motivo común era el mismo—mejorar las condiciones de vida de la población warao—el interés particular de los socios no necesariamente se relacionaba con los detalles del proyecto.

BP Amoco. La empresa petrolera Amoco inició la exploración en el estado de Delta Amacuro y, gracias a la fusión con British Petroleum (BP), trabajó en Punta Pescador , sitio de funcionamiento del proyecto. Las motivaciones de BP Amoco en materia de responsabilidad social empresarial se centraron totalmente en los planes globales de inversión social de la empresa. Según BP Amoco, el compromiso de tiempo y dinero de todas las partes interesadas

para generar progreso humano sostenible entre la población warao debería ser cuantificable al finalizar el proyecto.

Si bien la compañía demostró un interés fundamental en reducir todo impacto ambiental negativo y, al mismo tiempo, seguir un sistema proactivo de mejoramiento de la vida de las comunidades locales, también es cierto que, al igual que casi todas las compañías, se sintió motivada a hacer todo esto para fomentar una imagen empresarial estelar. Según Rosi Álvarez, actual Gerente de Asuntos Empresariales de BP, y María Eugenia Fuenmayor, ex Gerente de Asuntos Empresariales de Amoco, esa estrategia resultó ser de importancia fundamental para una compañía que estaba y sigue creando un nicho de negocios con ciertos riesgos de impacto desfavorable para el medio ambiente, en una zona particularmente frágil, como el Delta del Río Orinoco. Dicha motivación no resta mérito a los aportes de la empresa al programa, que ascendieron a más de US$1 millón.

La Fundación Interamericana. Para la IAF, el proyecto presentó una oportunidad de seguir en asociación con el sector privado de Venezuela, en un esfuerzo por promover el desarrollo básico de autoayuda entre los más pobres de los pobres. Teniendo en cuenta el éxito que tuvo en la alianza de 8 años con PDVSA, la IAF otorgó una subvención a ese proyecto. Dicha subvención presentó más dificultades logísticas que el resto, ya que la IAF realiza varias visitas de seguimiento por año para reunirse con los donatarios. En el caso del proyecto del Delta, los problemas de comunicación y distancia física dificultaron más el logro de una relación más cercana entre el donante y el donatario. El desarrollo de un programa social en una zona tan aislada, y con una población de una cosmovisión tan particular, generalmente hubiera requerido una mayor presencia de la IAF y de BP Amoco, además del seguimiento efectuado por ambas instituciones.

La Fundación La Salle de Ciencias Naturales. Desde el punto de vista institucional, la FLASA tenía y tiene un conocimiento profundo de la región y su gente, pues desde 1939 se ha dedicado a clasificar la flora y la fauna del lugar y a trabajar con las poblaciones indígenas locales. La organización conoce en detalle las características geográficas y etnográficas de la región del Delta del Orinoco. Sin embargo, al mismo tiempo, ese proyecto presentó una oportunidad de aprendizaje para la FLASA, ya que por primera vez, dicha institución logró implementar un programa de microcrédito con una comunidad indígena.

En resumen, BP Amoco buscaba mejorar las condiciones de vida de las comunidades warao que habitan las zonas cercanas a su centro de operaciones. Otro de sus objetivos era optimizar su imagen institucional. Para la IAF era importante establecer nuevas alianzas con organizaciones privadas y atender a las poblaciones desfavorecidas, siendo fiel a su lema de "llegar hasta donde no llega ningún otro donante." Por último, la FLASA, una ONG venezolana de amplia trayectoria en la región, estaba interesada en promover el desarrollo del Delta y la investigación que lleva a cabo desde hace más de 60 años. Esas motivaciones se unieron en la alianza que financió e implementó un programa trienal, que logró sus objetivos de manera eficaz, pero no optimizó las alianzas. En resumen, las motivaciones de cada socio tenían un interés en común: participar en un proyecto para mejorar la calidad de vida de la comunidad warao. Sin embargo,

no fueron claros en la visión del proyecto a largo plazo.

Lecciones aprendidas

- Forjar alianzas en sí no es suficiente. Las alianzas deben constituirse con una base sólida para que no solo se tengan en cuenta los recursos económicos en el proyecto, sino también el conocimiento y la pericia que pueda aportar cada uno.

- Cada socio debería tratar de comprender las motivaciones individuales y colectivas para asegurarse de que no sean mutuamente excluyentes.

- El trabajo en comunidades remotas, tanto geográfica como culturalmente, requiere más compromisos humanos, financieros y de tiempo para asegurar el éxito del programa dentro del marco local.

Marlene Das Faias *tiene una Licenciatura en Educación, con especialización en ciencias sociales en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB), Venezuela, 1997, y una Maestría en Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos, con especialización en desarrollo social en DIAL, Chile, 1999-2000. Es coordinadora de programas de la asociación civil PROactiva, Servicio de Enlace y Asesoramiento Local de la IAF, en Caracas, Venezuela.*